

LIBROS CRÍTICAS

NARRATIVA

Prohibidas las visitas

POR JOSÉ LUIS DE JUAN

Influido por autores como Hamsun y Hemingway, a Per Petterson (Oslo, 1952) le gusta escribir frases vagas y mordaces al estilo de Becket. Así lo hizo en ciertas páginas de *Yo maldigo el río del tiempo*, un título sacado de un poema de Mao. Y en *A Siberia*, que lidia con la atmósfera de la II Guerra Mundial, igual que lo hace la novela que ahora reseñamos, *Salir a robar caballos* (2003), su mayor éxito hasta la fecha. Aquí se ciñe sin experimentos a ese “realismo nórdico” que le caracteriza para desplegar sus obsesiones favoritas (la soledad, la tragedia familiar, el fantasma del pasado, las emociones que subyacen en la naturaleza como si fueran peligros a la par que señuelos) y las va dosificando de una forma más directa y eficaz que en las novelas mencionadas y las escritas después. La alternancia entre observaciones cotidianas, a veces coloquiales, y un desbocado lirismo crea una atmósfera de “revelación” que se mantiene casi toda la novela.

Al mismo tiempo, la trama en la que sitúa al narrador, Trond, de 67 años, retirado en una cabaña del este de Noruega, trama que fluctúa entre el presente de su aislamiento y las vivencias de 1948 en un ambiente similar, no deja de suscitar el interés del lector. En cada una de las minuciosas descripciones del río, de los cambios de luz que modifican el paisaje, de las operaciones de tala y el descenso de los troncos hasta la



corriente, hay un vacío, sombras que huyen.

La ausencia atormenta e interroga sin cesar a Trond; la pérdida del amigo con el que salió a robar caballos y la silueta fugitiva de

su padre le confinan a un “centro” familiar irrecuperable. Por eso no ha dicho a sus hijas que se ha mudado a un lugar lejano. No quiere visitas, ya tiene bastante con las interiores. Su vida está salpicada de elipsis. Aquel verano es ahora el invierno que se aproxima, y el pasado “es una tierra extranjera donde hacen las cosas de otro modo”. Trond juega al escondite consigo mismo acerca de lo que sucedió los días lejanos que pasó con su padre, de modo que tanto el inicio de la novela como su final son extraños y luminosos como los amaneceres en los bosques noruegos.

Salir a robar caballos

Per Petterson

Traducción de Cristina Gómez-Baggethun. Libros del Asteroide, 2022. 270 páginas. 19,95 euros



Concha Piquer, retratada con un perrito en Madrid en 1979. GIANNI FERRARI (GETTY)

NARRATIVA

La boca le sabía a pena

En la biografía novelada que Manuel Vicent ha escrito sobre Concha Piquer, la amargura es el ingrediente excepcional, igual que en las historias que cantaba

POR ANA RODRÍGUEZ FISCHER

He leído con gran entusiasmo este *Retrato de una mujer moderna* que Manuel Vicent dedica a Concha Piquer. Y de manera particular todo lo que concierne a la infancia, los inicios de su carrera artística y los años de Nueva York, más desconocidos para mí. Es justamente allí, en la Nochebuena de 1924, donde arranca esta biografía novelada: la joven acaba de cumplir 18 años, empieza a triunfar como cantante y bailarina en un teatro de Broadway, está sola en la ciudad sometida a la ley seca y una noche se enfrenta a un violador. Enseguida, mediante los habituales recursos narrativos, el relato recupera la niñez: el nacimiento en el modesto piso del barrio de Sagunto en Valencia —en 1906 o 1908—, las privaciones y dificultades, la primera coplilla entonada tras la muerte del hermano y aprendida de una ciega del barrio, la imitación del cuplé *La pulga* que cantaba La Chelito y que le vale ser contratada en el teatro Sogueros, alguna formación más bien escasa, y enseguida el debut en el Apolo y algunos bolos en el teatro Kursaal, donde la descubre el maestro Pennella, que enseguida compondrá para ella —la ópera *El gato montés* o la canción *El florero*— y quien de inmediato se la llevará lejos, en sus giras.

En años sucesivos, el éxito corre en paralelo a las distintas desgracias y dramas personales —mentiras, infidelidades, pérdida del primer hijo—, que la Piquer irá incorporando a su prodigiosa voz, que “fue tomando distintos vibratos y veladuras, y cada una de ellas se correspondía con un dolor, con un placer, con un desengaño”.

El regreso a Madrid, la dura competencia con las grandes tonadilleras del momento —Raquel Meller, Celia Gámez, Pastora Imperio, La Chelito o La Argentinita—, la relación con el torero Márquez —de quien nacerá su hija en 1945—, el primer encuentro con Rafael de León —tan decisivo en su posterior carrera—, los años de la República y el éxito de las canciones que le componía el maestro Qui-

roga, la admiración que despierta en García Lorca; la Guerra Civil, que vive en Sevilla, aislada de su madre y de su ambiente y amistades de Madrid; los tempranos tiras y aflojas con el régimen y algún que otro enfrentamiento están narrados con gran viveza y repletos de detalles.

En cambio, me han sabido a poco las páginas que cubren los años de posguerra, desde el arrollador triunfo que en 1941 supuso *Tatuaje*, copla a la que Vázquez Montalbán homenajea en la novela homónima del ciclo del detective Carvalho. También lo hace Juan Marsé en *Si te dicen que caí*: al ex guerrillero anarquista convertido en topo agazapado en su trapería Marcos Javaloyes, el autor catalán le atribuye rasgos del célebre marinero, con su chaquetón azul, “su alto pecho desnudo y tatuado”, los rizos de oro bajo su boina y una barba “rubia como la miel”.

Muchos otros de aquellos niños de la guerra tienen memorias para la gran Concha Piquer. Carmen Martín Gaité interpretó magníficamente el impacto de aquellas canciones cuando en un memorable artículo glosó la función que cumplían —“acunaban el miedo, convocaban el olvido, conjuraban el horror al vacío”— y destacó la amargura como el ingrediente excepcional que contenían las historias de mujer que ella contaba y que tuvieron entonces “una misión de revulsivo y de zapa con respecto a los cimientos de felicidad que se estaban tratando de poner”.

Vicent cierra su *Retrato* con el silencio —tras la afonía diagnosticada en 1958— y el retiro a su Valencia natal, narrado como un monólogo de la protagonista. También nos cuenta el fallido empeño y la oportuna confabulación de algunos —él, Serrat, Vázquez Montalbán, Gutiérrez Aragón, Antonio López— para que en 1987 le fuera concedido a doña Concha el Premio Príncipe de Asturias de las Artes.

Retrato de una mujer moderna

Manuel Vicent

Alfaguara, 2022. 216 páginas. 18,91 euros

NARRATIVA

Una fiesta del humor macabro

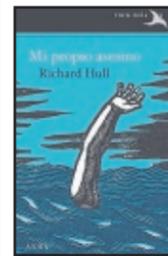
POR JOSÉ MARÍA GUELBEZU

En toda novela de crimen y misterio se busca descubrir y castigar al asesino. En esta, no. En esta de lo que se trata es de salvar al asesino, a lo que se dedica un joven abogado londinense, buen profesional y hombre de vida tranquila, cuyo cliente, un hombre egoísta, irresponsable y malcriado, acaba de matar accidentalmente en un momento de exasperación a su criado, que pretendía chantajearlo por un asunto de faldas. Sampson, el abogado, urde una compleja y laboriosa trama para exonerar del delito a su cliente, para lo cual habrá de contar con la complicidad de dos señoras maduras que, aunque recelan entre sí, adoran al asesino, Alan Renwick.

Sampson concibe un falso suicidio de su cliente para hacerlo desaparecer y reaparecer más adelante con un nombre nuevo. Como se ve, la novela da la vuelta al modelo clásico, pero lo que plantea ingeniosamente es una historia criminal a lo largo de la cual va desapareciendo progresivamente la conciencia del delito hasta el punto de crear una nueva situación de normalidad. Para ello, elabora un desopilante desarrollo de la trama durante el cual el abogado concibe la idea de “tomar a este hombre en mis manos y forjar su destino conforme a mis deseos”.

Para ello, cuenta con las dos mujeres de edad madura, enclavadas la una con la otra y más simples que una mata de habas por cuyas mentes ni asoma la menor conciencia de estar ayudando a un asesino. Quien sí es consciente es el abogado, que, a medida que la acción avanza, amplía su idea inicial: “Ya no estaba salvándole la vida. Lo estaba destruyendo por completo y creándolo de nuevo, y a partir de ahí estaría para siempre a mi merced”. El grueso de la novela es el relato de cómo llevan a cabo la trama que ha de exonerar a Renwick, así como el resultado final de la misma mientras un inquietante y tenaz inspector Wexhall no les pierde de vista.

Toda la novela está teñida de humor, un humor macabro a la inglesa, inteligente, sutil y desprejuiciado a la vez que no ocasiona carcajadas, sino una constante sonrisa apreciativa. Lo fascinante es la creación de personajes al servicio de una novela de género al revés, donde el crimen se acepta con entera normalidad y la exculpación es el elemento dominante. El plan del abogado va desarrollándose con un progresivo y sostenido sentido del absurdo que acaba desembocando en el disparate, pero un disparate que no desentona de la parsimoniosa flema británica y del bien medido humor que genera. Lo convincente de la novela es que a medida que la historia progresa va revelando un inquietante tono de comedia macabra como sostenido por



una vibración de fondo que acompaña el relato con la pulsación de un firme y discreto contrabajo. Al fin y al cabo, lo que menos importancia moral parece tener es justamente el imprudente crimen de Renwick.

La incurable ligereza del no menos incurable egotismo del asesino; la divertida torpeza de las dos mujeres, cargada de detalles de carácter que las libran de convertirse en personajes rígidos, y la extraordinaria metamorfosis del abogado convierten esta novela en un caso único en la historia del género. Richard Hull ya se había lucido en una novela anterior, también editada por Alba (*El asesinato de mi tía*), que, aunque no alcanza la originalidad de ésta, no le anda a la zaga.

Richard Hull fue asistente de Agatha Christie durante el tiempo en que ella presidió el famoso y acreditado Detection Club.

P. D.: El libro contiene también una posdata pertinente.

Mi propio asesino

Richard Hull

Traducción de Leonor Saro

Alba, 2022. 264 páginas. 21,50 euros